



Hacer próximo lo que parece lejano y remoto

Las informaciones, como los capitales y el comercio, atraviesan fronteras, haciendo que lo que era distante y lejano se haga presente por doquier. El espacio y el tiempo, la modernización y la tradición, se comprimen, todo se mezcla.

Millones de nosotros vemos los mismos programas televisivos, usamos los mismos estilos de ropa y utilizamos los mismos instrumentos para comunicarnos entre nosotros y con otras latitudes. Hay una opinión pública que discute los mismos problemas: la proliferación de las armas nucleares, el recalentamiento del planeta, el SIDA, el narcotráfico o la corrupción.

¿SERÁ QUE SOMOS UNA SOLA SOCIEDAD O UNA SOLA CULTURA?

El hecho de que las tecnologías, los instrumentos sociales y los mensajes estén presentes por doquier, también puede significar que no están en ninguna parte, puesto que no están vinculados a ninguna cultura en particular, ni a ninguna sociedad como referencia.

La indiferencia de los signos de la modernidad con el trabajo cotidiano de socialización de escuelas, iglesias, familias, nos lleva a pensar que vivimos juntos porque hacemos los mismos gestos y utilizamos las mismas tecnologías sin ser capaces de comunicarnos realmente entre nosotros. El mundo instrumental de la economía se distancia del mundo simbólico de la cultura.

LOS DILEMAS DE LA GLOBALIZACIÓN

En el proceso de industrialización, pasamos de la comunidad cerrada en su identidad global a la sociedad que diferenciaba y racionalizaba las relaciones con el mundo. Hoy en día, pareciera que vivimos un proceso inverso. De la sociedad y de las instituciones modernas están surgiendo, por una parte las redes globales de producción, consumo y comunicación y, por otra, una fuerte tendencia a regresar a la comunidad, a la agrupación que identifique, las sectas, los cultos, los nacionalismos o regionalismos: casi que puede decirse un proceso de privatización de la globalización.

Así como la cultura de masas penetra en

nuestros espacios privados, como contraparte, se despierta la voluntad política y social de defender la identidad cultural a lo que finalmente "idealiza" el comunitarismo reprivatizando la vida pública.

Nos encontramos, pues, ante el dilema de reconocer en plena independencia las minorías y las comunidades locales mediante reglas de juego que faciliten una coexistencia pacífica de intereses, opiniones y creencias en donde lo único en común sería tolerar la libertad de los otros y la participación en actividades puramente instrumentales que aseguren la coexistencia. O bien, construimos valores en conjunto, sean ellos morales o políticos, que, al abrirse al reconocimiento de la diversidad de realidades sociales y culturales, movilicen la comunicación interactiva entre nosotros y entre las culturas.

LA DIVERSIDAD DE FRONTERAS

Miles de indígenas tomaron la ciudad de Quito y convocaron una asamblea popular para estar presentes y proponer alternativas a la modificación de la Carta Constitucional. En Centroamérica se reúnen más de 80 organizaciones de comunidades indígenas para hacer propuestas en los procesos de integración regional. Para muchos ciudadanos es una sorpresa el surgimiento de una presencia que se consideraba desvanecida en el tejido social republicano. Sin embargo, hay una "frontera étnica"; donde llegan estas comunidades, se erige una diferenciación entre los ciudadanos "civilizados" y los otros. La frontera sirve para colocar a los inmigrantes de un lado y los ciudadanos del otro. En la vida social cotidiana, la clasificación facilita la violencia despersonalizada y anónima hacia el indígena por cualquier "ciudadano". Lo que emerge en esta necesidad y conciencia de unificación como grupo es que esa misma violencia está obligando a transformarse para competir y defenderse buscando la comunicación entre sus culturas para insertarse como ciudadano.

Nuestras ciudades, poco a poco, se han transformado en un inmenso rompecabezas en donde la fragmentación adquiere características de apartheid social. El dilema cotidiano es la búsqueda de mecanismos de conviven-



cia; ya no sólo se trata de la transformación instrumental de las condiciones físicas, sino del reconocimiento de la capacidad de ser autor y gestor de la dignificación de tu propia vida. La recuperación de lo público mediante la creación de un orden social que reintegre la economía y la cultura. La creación de la confianza en la capacidad de las sociedades modernas de transformarse para superar una "guerra civil oculta", combinando la unidad del tejido urbano con la diversidad de sus habitantes.

El desarrollo de nuestras fronteras geográficas exige una dimensión de integralidad en el momento en que la globalización las hace "invisibles" y la necesidad de afirmación de identidad las sobrevaloriza. La tradición nos empuja a pensar en un problema de presencia de fuerza y militarización. Tal vez es la visión de quienes no viven en ella, o tal vez es la respuesta inmediata a la experiencia de incertidumbre y agresión. En la construcción del país que queremos, el reconocimiento de la realidad fronteriza conlleva el reconocimiento tanto de las condiciones de vida de quien la habita como de su capacidad para transformarla. Es la aceptación de una diversidad que tiene que encontrar espacio en la totalidad del país. La militarización, al ser un mecanismo de contención parcial, puede ser una "línea maginot" construida para contener el avance alemán, pero que, una vez finalizada, estaba obsoleta ante la innovación de los tanques y el poderío de la aviación. Más grave aún, se convirtió en una trampa para los que desde allí preparaban la defensa.

POR FIN, ANULAMIENTO DE LA LEY DE VAGOS Y MALEANTES

Durante 41 años estuvo en vigencia la Ley de Vagos y Maleantes, instrumento muy útil para gobernantes, ya que su amplia discrecionalidad facilitaba el control inmediato de la libertad individual y se sancionaba la apariencia más que el delito. Su reciente anulación por inconstitucionalidad refleja tanto la presencia y maduración de las organizaciones sociales que han creado conciencia y acción en la protección de los derechos humanos, como la necesidad de construir un marco jurídico sobre los derechos y responsabilida-

des ciudadanas. Estamos aprendiendo a enfrentar los conflictos, reconociéndolos y regulando en forma responsable los conflictos sociales. Con este paso puede decirse que el país construye la ciudadanía.

Una vez más, quisiéramos reiterar que las contradicciones existen y la viabilidad para superar los dilemas que vivimos es reconocer la necesidad de construir una convivencia social, la cual depende en última instancia de lograr acuerdos mínimos explícitos en el discurso y en la institucionalidad e implícitos en nuestras formas de vida. Acuerdos sobre valores morales y políticos que confieran sentido y coherencia a la direccionalidad del país.

La afirmación constante de ausencia de valores, tópico bastante familiar de los últimos tiempos, lo que refleja son los dilemas que vivimos y que nos permiten casi concluir que las sociedades modernas avanzadas son moralmente confusas, ya que las fronteras entre lo permitido y lo ilícito, lo normal y lo patológico, y los controles sociales de las instituciones como Iglesias, familia y escuelas han perdido claridad al debilitarse. Sin querer volver al pasado, lo cual es irreal, tenemos que asumirnos como autores y gestores de nuestro futuro.

La transformación del individuo en sujeto requiere el reconocimiento del "otro" como un sujeto que trabaja para combinar sus experiencias culturales con proyectos instrumentales. Sin embargo, la reconstrucción de la vida personal y colectiva responde también a la emergencia de una protección institucional que lleva a complementar la idea de una democracia sustentada en la participación como expresión de la voluntad general, con instituciones al servicio de la libertad, tanto del sujeto como de la comunicación entre todos. Recordemos que el sueño de una ley universal de la razón, de la historia o de las religiones, nos ha dejado secuelas aún no superadas de opresión y dominación.

Abrir los caminos para reconocer la diversidad que nos caracteriza, implica ir juntos en la construcción de valores comunes que, por ser compartidos con libertad y responsabilidad, se sustentan en un principio de unidad enriquecida por la pertenencia a la totalidad.